

la cuestion se resuelva por vias pacificas, y que los fastos de Europa no se manchen con otra página, que segun todas las probabilidades, seria sangrienta y terrible. El pueblo bajo de las grandes poblaciones de Inglaterra, seria formidable si llegase á desencadenarse. Todavía no se han olvidado en Europa las horrorosas escenas del siglo XVII, y por cierto que no fueran éstas imposibles en el pueblo del siglo XIX. El espíritu de alejamiento y desconfianza seguido por el gobierno inglés con respecto á la Irlanda, ha sido no solo injusto, sino impolítico, pues que de esta suerte ha conseguido que se propague mas y mas el movimiento que allí ha provocado. Sin duda el pueblo inglés no suportaria por tanto tiempo la miseria como el pueblo de Irlanda; y esto podria ser una leccion para apreciar debidamente el carácter pacífico y manso de una religion que tan gratuitamente han calumniado los aristócratas ingleses. ¡Cosa admirable! cabalmente despues de tanta ceguera en ciertos hombres que por su ilustracion y demas circunstancias debieran haberse mostrado mas imparciales y mas templados, el Catolicismo ha obtenido justicia de parte del genio mas tempestuoso que haya producido la Inglaterra, lord Byron. Sus palabras tienen demasada importancia para que pueda menos de recordarlás despues que tanto me he estendido sobre la situacion religiosa de Inglaterra. Dignas son de ser recomendadas á los hombres pensadores de todas las opiniones y de todos los paises. Helas aquí: "No soy yo enemigo de la religion; al contrario, y es de esto buena prueba el que "hago educar mi hija natural en un *Catolicismo estricto*, en un "convento de la Romaña. Mi opinion es, que cuando se tiene "religion, jamas se tiene la bastante: cada dia me inclino mas á las "doctrinas católicas." (Memorias de lord Byron, tomo 5. página 172.)

Testimonio imponente, que viene á ponerse al lado de tantos otros como han tributado á la verdad los mas grandes hombres que ha tenido el mundo por espacio de largos siglos. ¿Qué dirán en vista de estas palabras de Byron, esos hombres pequeños que piensan que el Catolicismo es solo el patrimonio de los fanáticos é ignorantes? Estos homenagos tributados á la religion verdadera por los hombres de quienes menos debia esperarse, alientan al corazon y reaniman la confianza en los sucesos del porvenir. Dios, que ha comenzado la obra, la conducirá á su término por caminos que nosotros no podemos atinar.

Paris, 10 de Agosto de 1842.

... (1) ...

## MARIANA.

... (1) ...

En Mariana todos conocen al historiador, muchos no conocen al hombre: el autor de la *Historia de España*, es célebre entre nacionales y extranjeros; pero muchos de éstos y no pocos de aquellos, están lejos de pensar que el jesuita de Toledo haya sido uno de los hombres mas extraordinarios de su tiempo. Y no es porque no se halle escrita su vida, ni porque sus obras yazgan en la oscuridad; al contrario, se ha tenido el cuidado de escribir la vida de este hombre ilustre con mucha diligencia y notable esmero; y en cuanto á sus obras, forman todavía nuestra lectura cotidiana. ¿Qué falta, pues, para conocerle debidamente? Falta, en nuestro entender, la causal apreciacion del conjunto de sus cualidades, de su talento, de su carácter, de su espíritu de altanera independencia; calidades que le crearon una posicion particular, y le mantuvieron en ella durante su dilatada carrera. No nos proponemos hacer esta apreciacion, cosa que esigiria mas tiempo, y que no podria concerrarse en los límites de un artículo; sin embargo, como dicho escritor es una de las figuras mas interesantes de nuestra historia literaria, vamos á trazar algunos de sus rasgos, siquiera para comunicar á los demas las impresiones que hemos sentido al pararnos, no pocas veces, á contemplarla. Además, que Mariana es una de nuestras glorias, y el recordar su nombre, es recordar uno de los mas bellos títulos de nuestra pasada grandeza. ¡La España ha caído en tanto abatimien-

to! ¡es tan desgraciada! ¡y los desgraciados toman tanto gusto en alimentarse de recuerdos (1)!

Por de pronto, es bien singular el conjunto que se nos ofrece en Mariana: consumado teólogo, latinista perfecto, profundo conocedor del griego y de las lenguas orientales, literato brillante, estimable economista, político de elevada prevision, he aquí su cabeza; añadid una vida irreprochable, una moral severa, un corazón que no conoce las ficciones, incapaz de lisonja, que late vivamente al solo nombre de libertad, como el de los fieros republicanos de Grecia y Roma, una voz firme, intrépida, que se levanta contra todo linaje de abusos, sin consideraciones á los grandes, sin temblar cuando se dirige á los reyes; y considerad que todo esto se halla reunido en un hombre que vive en una pequeña celda de los jesuitas de Toledo, y tendreis ciertamente un conjunto de calidades y circunstancias, que rara vez concurren en una misma persona.

La reputacion de Mariana no se debió al lustre de su familia, tuvo la desgracia de no poder señalar sus padres; desgracia que no oscureció la gloria de su carrera: de nadie necesitaba: su fuerza estaba en su cabeza; la hidalguía en su corazón. Echósele en cara que había nacido de un extranjero: esto no es verdad; como quiera, entre los que recordaron al ilustre escritor su nacimiento oculto, deseáramos no encontrar un nombre tan esclarecido como el de D. Antonio Hurtado de Mendoza. Nadie ignora que los padres de Mariana eran españoles, y que nació en Talavera, diócesis de Toledo, en 1536. El recordaria seguramente lo que debió á su país natal, cuando aprovechó la ocasion de dejarnos una descripción hermosa de Talavera y sus alrededores.

Siéntese en el fondo del carácter del ilustre escritor, cierta agriera, que parece deslizarse en sus obras, comunicando á muchos pasajes un dejo sentido y acerbo: quizás pueda esto atribuirse á aquellas gotas de amargura que se derraman en el corazón de un niño, cuyo llanto no fuera jamás acallado con las caricias de la ternura maternal. Quien no tiene familia, menester es que sienta en su corazón un profundo vacío; desde el momento que conoce su existencia, se encuentra solo, abandonado, despegado de todo el mundo:

(1) Téngase presente que el Sr. Balmes escribía este artículo á mediados del año de 1842, cuando abrumada la España por una serie interminable de terribles catástrofes, ofrecía el cuadro sombrío y aterrador de una nación trabajada por una guerra civil de largos años, y amenazada de otra revolución sedienta á un tiempo de sangre y de venganza. Felizmente la Providencia ha escuchado las plegarias de los españoles, y á la sombra de un gobierno fuerte y justiciero, en la actualidad progresa rápidamente en las ciencias y en las artes, y la perspectiva de su brillante porvenir deslumbra aun á los mismos extranjeros. (Nota del Editor.)

esto ha de producir naturalmente una reaccion. El infortunado se repliega sobre sí mismo y se endurece contra todo. El escritor tenía ya setenta y tres años, y el recuerdo de su nacimiento resonaba quizás tristemente en su alma, cuando dirigiéndose al Papa Paulo V se apellidaba *infima conditionis homo*.

No diremos al lector que Mariana mostró desde luego las disposiciones más felices; bien lo dará por supuesto, aunque no se lo diga: sin embargo, observaremos que á la edad de diez y siete años debía de prometer mucho, pues que habiendo á la sazón entrado en la Compañía de Jesús, cuéntase que el santo fundador recibió esta noticia con satisfacción muy particular, enviándole desde Roma su bendición. Hizo sus estudios con mucho lustre, y se entregó al trabajo con aquella decisión que podía esperarse de su carácter de hierro. La filosofía y teología de las escuelas, no bastaban á su avidez de aprender, quizás no satisfacían cumplidamente su espíritu; así es, que al propio tiempo que estudiaba con ardor esta ciencia, no olvidaba ocuparse en las lenguas y en la literatura. El joven teólogo no tenía más que veinticuatro años, pero ya no podía temer que se le hiciese el cargo que Melchor Cano dirigía á algunos teólogos de su tiempo, diciéndoles, que para combatir con los hereges, no tenían otras armas que largas cañas, *arundines longas*. Por lo que toca á su moral severa y á su irreprochable conducta, pudo aprenderlas en excelente escuela; pasó su noviciado bajo la dirección de San Francisco de Borja.

Los jesuitas, que entendían en materia de hombres y talentos, no se habían equivocado sobre las brillantes disposiciones del joven estudiante; y así es, que cuando en tiempo del general Laine fundaron el colegio Romano, proponiéndose reunir allí la flor de los talentos de la Compañía, fijaron los ojos en Mariana, nombrándole profesor á la edad de veinticuatro años. Se ha dicho que entre sus discípulos contó al célebre Belarmino: lo que hay de cierto es, que mientras nuestro profesor enseñaba teología en Roma, el insigne controversista seguía el curso de filosofía en el mismo colegio. Consérvase un interesante pasaje en que Mariana se complace en recordar al cardenal aquellos tiempos felices, que echaba menos todavía en su vejez. "Quisiera, le dice, solazar un poco mi espíritu con la memoria de las cosas pasadas: permítaseme ese recuerdo á un anciano." Nombra en seguida á Parra, Ledesma, Toledo, que después fué cardenal, Perera, Acosta, al matemático Clavio, á Bautista, profesor de hebreo, al valenciano Esteve, maestro de griego, á Organtino, que murió en el Japon, y por fin, al insigne Maldonado, y luego exclama: "¡Oh qué tiempos, qué hombres! Yo los recuerdo con frecuencia, y ese recuerdo fortifica mi corazón."

La salud de Mariana se alteró notablemente en Roma, ó á causa del clima, ó bien por el excesivo trabajo de las tareas de su cátedra: quizás contribuyeron las dos cosas; y así parece creerlo él mismo cuando dice: "El trabajo excesivo de enseñar y el clima mal sano, sobre todo para los extranjeros como yo, debilitaron desde un principio mis fuerzas." Precisado á salir de Roma, pasó á Sicilia, donde enseñó una temporada, hasta que fue llamado á la universidad de Paris. En ese vasto teatro, confirmó la justicia de su reputación; siendo de ello la mejor prueba el gran número de discípulos que acudían á sus lecciones. Allí fué donde sucedió aquel hecho extraño, que bien merece recordarse, por retratar el espíritu de la época. Uno de los estudiantes mas aplicados, llegó un día demasiado tarde, y no pudo entrar para oír la esplicacion del profesor. ¿Qué hace el estudiante? vuelve atrás á toda prisa, ya en busca de una escalera, la arrima á la pared y sube á la ventana, colocándose de suerte que pudiese oír la lección. Mariana advierte el raro expediente del alumno, interrumpe su discurso, dale una mirada, y le dirige aquellas palabras del Evangelio, "quien no entra por la puerta es un ladrón." "Sí, señor, replicó con viveza el estudiante, para robar vuestra doctrina."

Bien se deja entender qué sí el profesor de la universidad de Paris hubiese deseado figurar en el mundo, ora continuando su enseñanza en las mas distinguidas escuelas de Europa, ora elevándose á los mas altos rangos de su órden, la posición que habia conquistado le hubiera ofrecido en abundancia los medios de satisfacer su ambición. Su nombradía, establecida ya muy sólidamente, se iba ensanchando cada día mas y mas, y ligado en amistad con los hombres mas distinguidos de su siglo, no hubiera escaseado de apoyo para levantarse á los puestos mas importantes. Pero su genio pensador, su carácter indomable, su deseo de independencia, se avenían mejor con la soledad, con la oscuridad misma, donde podia entregarse sin reserva á la meditación y al estudio. Esto explicaria quizás por qué á la edad de treinta y siete años se resolvió á dejar Paris, donde podia prometerse un porvenir tan lisonjero; bien que mediaba otra causa poderosa que le obligaba á volver á su patria. El clima de las márgenes del Sena, no era menos contrario á su salud que el de las orillas del Tiber: una grave enfermedad que le forzó á interrumpir todos sus trabajos, le dió á conocer la necesidad de respirar el aire de su pais natal; y así, despues de una ausencia de trece años, volvió á España, y se fijó en Toledo. Esta ciudad no yacia entonces en el abatimiento en que ahora se encuentra; descendía sí, la dolorosa pendiente que la llevaba de un rango tan eleva-

do entre las ciudades, á no ser más que un recuerdo; pero no estaba todavía tan lejos de la cumbre de su gloria, que no se la rodease de consideracion y respeto. La antigua corte de los reyes, era á la sazón una reina viuda, cuya belleza se ha marchitado con los años; pero en cuyo semblante se descubren aún los rasgos que recuerdan la diadema. Por esta causa no se hallaba mal en Toledo el profesor de Roma y Paris; su espíritu podia vivir en una esfera en que no le faltaban los medios de nutrirse y de derramarse; tal vez encontraba allí las ventajas de la corte sin sufrir sus inconvenientes. La abundancia de libros, el trato con personas instruidas, no le faltaban, en una población donde existían tribunales superiores, un clero rico y numeroso, comunidades religiosas en un estado brillante, familias ilustres, y tantos restos de una antigua grandeza, que el tiempo no habia consumido, que el soplo de las revoluciones no habia dispersado.

El alto mérito de Mariana fué apreciado cual merecía: no se presentaba un negocio grave y espinoso que no fuera enviado á su consulta; y sabida es la confianza que le dispensaba el cardenal de Quiroga, arzobispo de Toledo, quien se aprovechaba de sus luces en los negocios mas importantes. Una prueba de la reputación que disfrutaba Mariana, fué el nombrarle censor en la ruidosa cuestion de la Poliglota de Amberes, llamada Biblia Régia ó Filipina, del nombre de Felipe II, que fomentó y sostuvo la empresa. Nadie ignora cuán graves cargos se hacían al insigne Arias Montano, que habia dirigido la edicion por órden espresa del monarca. El texto, los prefacios, los comentarios, todo era objeto de la crítica mas dura; la fe del ilustre sábio se habia hecho sospechosa para algunos; acusábanle de haber bebido en las fuentes de los rabinos y de los hereges, y aun se llegaba á decir que se inclinaba al judaismo. Por mas predileccion que mereciese á Felipe II Arias Montano, las acusaciones eran tan graves, y la disputa se habia empeñado de tal suerte, que fué preciso fijar en ella la atención y tomar decididamente un partido, para saber si habia de continuar ó no la circulación de la nueva Biblia. Instruyóse el debido expediente con la idea de sacar en claro la justicia ó sinrazón de las inculpaciones dirigidas contra Montano; pero los ánimos se hallaban tan cesaltados con el calor de la disputa, que no era fácil tarea distinguir entre la voz del celo y el grito de la envidia. Ademas, para resolver una cuestion semejante, no bastaba una consulta de teólogos que no conociesen mas que la Vulgata; el negocio pedía por juez competente un hombre versado en las lenguas contenidas en la Poliglota, instruido en la ciencia de los rabinos, conocedor de los antiguos padres

de la Iglesia, que ademas reuniese la erudicion necesaria para formar paralelo entre la nueva edicion y las antiguas, y dotado, por fin, de una comprension bastante para abarcar y profundizar la cuestion en todas sus ramificaciones, y de un juicio maduro, prudente, y sobre todo, firme é imparcial, para no dejarse doblegar ni arrastrar por las pasiones ó intereses de partido. Las miradas se fijaron sobre Mariana; el resultado justificó la eleccion.

Bien se alcanza con cuánto ardor se entregaria á su tarea; no solo para sostenerse con dignidad en presencia de los contendientes, sino para hacer frente, si necesario fuese, á un hombre cuya fama rayaba tan alto como Arias Montano. Al cabo de dos años, la censura salió á luz, y fué tan aplaudida, que habiendo llegado á Roma la noticia de su mérito, el Papa Gregorio XIII deseó verla, y pidió una copia, que en efecto le fué enviada. Los límites del artículo no permiten entrar en sus pormenores sobre el contenido de la censura; pues aun cuando nos contentásemos con el extracto que de ella se encuentra en la *Vida de Mariana*, que precede á su *Historia de España*, en la edicion de Valencia publicada en el último tercio del pasado siglo, llenaríamos con esceso el espacio de este número. Bastará decir, que sin disimular lo que le pareció reprehensible en la edicion de Montano, dió un juicio favorable á la totalidad de la obra; siendo de notar, que la Poliglota continuó circulando, cortándose por la autoridad de un solo hombre una cuestion que al parecer debia de haber ocupado una numerosa junta. Un documento como este debia haberse impreso á su debido tiempo, y no dejarle espuesto á perderse; á fines del pasado siglo, el manuscrito se habia hecho muy raro, y costaba ya dificultad el procurárselo.

Algunos han dicho que los jesuitas se habian entrometido en el negocio, y que se habian esforzado en doblegar contra Montano la rectitud del censor; no ignoramos que Montano no era amigo de los jesuitas; pero no vemos que puedan producirse documentos fehacientes de la supuesta intriga. Al menos, el autor de este artículo no los conoce, y cuando se quiere hacer un mérito á la imparcialidad de Mariana, diciendo que todo el ascendiente de su órden no alcanzó á torcerla, nos inclinamos á creer que hay aquí mas bien el prurito de inculpar á los jesuitas, que el interés por el jesuita. Hay quien funda semejante cargo, diciendo que Mariana sabia anticipadamente su nombramiento para la censura; pues como él mismo dice, se preparaba de Montano á desempeñarla; pero esto, en nuestro juicio, nada prueba, pues que es claro que antes del nombramiento oficial, debieron de mediar algunas pláticas en que se ha-

blaria de la persona que se consideraba mas á propósito, y que entre los sábios capaces de corresponder á tan distinguida confianza, se designaria á Mariana. Este, por otra parte, conocia sus fuerzas, y no seria extraño que pensase que al fin el negocio habia de parar en sus manos. Si como quieren suponer algunos, el nombramiento de Mariana fué procurado por intrigas de los jesuitas, no mostraron mucha habilidad designando á un hombre cuyo inflexible carácter bien habian podido conocer, y de quien debia constarles que nada podian esperar.

En 1595 publicó la primera edicion de su *Historia de España*; escribióla en latin por dos razones: primera, porque esta era la costumbre de la época; segunda, para facilitar su circulacion en el extranjero; pues como él mismo nos dice, habia conocido en sus viages, que las demas naciones tenian vivos deseos de saber la historia de un pueblo que se habia levantado á tan alto punto de esplendor y pujanza. La primera edicion no contenia mas que veinticinco libros; pero queriendo comprender la historia del reinado de Fernando el Católico y de Isabel, añadió otros cinco, que se publicaron en las ediciones siguientes. Tradújola él mismo en castellano, y la dió á luz en Toledo en 1601. La *Historia de España* es un glorioso monumento que aseguró al autor la inmortalidad, por mas que digan críticos descontentadizos que salen ahora protestando contra el fallo de los siglos. No nos es dable hacer en este lugar, ni la apologia ni la crítica de la *Historia de Mariana*; no pertenece á aquella clase de obras que se juzgan de paso, como se leen caminando; diremos, sin embargo, dos palabras sobre ello, pues que seria extraño consagrar un artículo al autor y pasar por alto su obra maestra.

Severos cargos se han hecho al historiador por lo que toca al fondo de la obra; y nadie ignora que no son de hoy, como lo acredita la acalorada polémica de Mantuano en vida del mismo autor. Pero si se quiere juzgar con imparcialidad, es necesario colocar la cuestion en el verdadero terreno, y no discutir si Mariana bebió ó no siempre en manantiales puros, si fué extraviado por su nimia deferencia á los escritores que le habian precedido, ni tampoco si desde su tiempo se han aclarado varios puntos de nuestra historia, poniendo de manifiesto las equivocaciones del historiador; lo que conviene hacer es, colocarse en el puesto de Mariana y examinar si hizo todo lo que hacer podia, atendidos los medios que tenia á la mano. No le faltaron ni detenido estudio de la materia, ni un juicio severo, ni una imparcialidad inflexible; es decir, que reunió las principales calidades del historiador: lo demas no debe achacarse á él, sino al

atraso de su tiempo. Sabido es que él mismo confiesa que algunas veces había caído en error, y que señala la causa de ello en haber fiado en demasia en la autoridad de los antiguos cronistas. "Y "aun por seguirlos habremos alguna vez tropezado; yerro digno "de perdon por hollar en las pisadas de los que nos iban delante." (Prólogo dirigido al rey.) En su respuesta á Mantuano, dice espresamente que su intencion no había sido formar una historia, sino únicamente poner en buen orden y estilo lo que habían recogido los otros. Quería levantar un edificio cuyos materiales tomaba prestados. Si el autor no tuvo otra intencion, menester es confesar que escedió en mucho el fin que se había propuesto, dado que nadie puede negar á su obra el mérito de una verdadera historia. Sea cual fuere el juicio que sobre ella se forme, nunca se dirá que no sea algo mas que una coleccion bien ordenada. Por muy modesta que fuese la idea del autor, no dejó de satisfacerle sobremanera cuando la vió ejecutada. "La grandeza de España conser- "vará esta obra," dice en su prólogo, y la España no ha desmentido su pronóstico. Hasta se inclina uno fácilmente á perdonarle esa jactancia: un mérito muy alto se concedió á sí mismo, y no siempre tiene la superioridad necesaria para hacer el sacrificio de callar. Oímos con demasiada frecuencia aquello de *exegi monumentum ære perennius*, de Horacio.

Por lo que toca á la imparcialidad, una de las calidades mas indispensables y mas raras en los historiadores, Mariana la poseyó en alto grado; y de él no puede decirse como de tantos otros, que al escribir la historia de su patria bien se conocia que estaba hablando de su madre. Al contrario, fué en esta parte tan severo, que hirió vivamente el orgullo nacional; y con esta ocasion se le dijo que su odio contra España mostraba á las claras su origen extranjero. Hasta llegó á discutirse en el seno del congreso si convendría suprimir una obra que mancillaba el honor de la nacion: la Providencia, que vela sobre nuestra patria, apartó seguramente de tan desatentada medida á los buenos consejeros.

El estilo y el lenguaje de Mariana no están esentos de defectos: espresóse á veces de una manera sobrado cortada, y afecta en demasia el género sentencioso; su habla, por hermosa que sea, no es siempre tan sonora y corriente cual demanda el genio de la lengua. Gusta mucho de las palabras anticuadas, lo que hizo decir muy felizmente á Saavedra: "que así como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, así él para hacerse viejo." Ya se ha observado en defensa de Mariana, que estos defectos, sobre todo, lo tocante á las sentencias, eran mas bien de la época que suyos: Tácito era un au-

tor de moda. Quizás las cosas estaban en buen punto, si la gravedad de aquellos tiempos pudiese comunicárenos algo á nosotros, para neutralizar la escensiva ligereza que por desgracia se nos va pegando de una nacion vecina. Todavía puede hacerse otra reflexion en favor de Mariana por lo perteneciente al estilo: su historia fué escrita en latin; temeroso de que no cayese en manos de algun mal traductor, la puso el mismo en español, y claro es que el lenguaje debía resentirse algun tanto del molde en que por primera vez se había vaciado la obra, y que la imitacion de los autores latinos debía resultar mas sensible. Seguramente no fuera muy difícil descubrir en diferentes pasages de la obra castellana el dejo de la latina. El carácter grave y severo de Mariana, le inclinaba al estilo sentencioso y al lenguaje anticuado; parece que se hallaba mal con todo lo que le rodeaba; echaba menos los tiempos pasados: *prisca gravitatis exemplum*, como dice él mismo. Por esto le gusta el arcaismo, por esto procura dar á su estilo un aire anticuado, y le agrada vestir el traje del siglo XIV. Sea como fuere, el lenguaje de Mariana puede servir de modelo, y hasta es digno de elogio el autor por haberse opuesto ya de antemano al prurito de desnaturalizar nuestra lengua con la introduccion de palabras extranjeras, y dejando sin uso el riquísimo caudal de voces, que aprovechadas cual convienen, podrian darle decidida superioridad sobre los demas idiomas de Europa. No se crea que el autor de la *Historia de España* desconociese esta calidad de su lenguaje, ni dejase de prever la critica que por esta razon podria dirigirsele. Todo cuanto se diga sobre el particular, lo adelantó él mismo con las siguientes palabras: "Algunos vocablos antiguos se pegaron de las crónicas de España, de que usamos por ser mas significativos y propios, por variar el lenguaje, y por lo que en razon de estilo escriben Ciceron y Quintiliano."

Llegamos al famoso libro de *Rege et Regis Institutione*, quemado en Paris por la mano del verdugo de orden del parlamento: preciso es confesar que esta corporacion no se alarmó sin motivo; un pais donde habian sido asesinados en pocos años dos reyes, debía naturalmente temblar á la lectura de algunos capítulos de dicha obra. Estremecimiento causan las páginas donde resuelve la cuestion de si es licito matar al tirano: en la manera con que habla de Jacobo Clement, bien se echa de ver que no miraba en el asesino aquel monstruo de que nos habla Cárlos de Valois, cuando refiriéndonos que le había encontrado al dirigirse al palacio del rey para ejecutar su formidable proyecto, dice, que la naturaleza le había hecho de tan mala catadura, que su rostro parecia mas bien de un demonio que de hombre. A los ojos de Mariana se presentaba co-

mo un héroe, que da la muerte y la recibe para libertar su patria. ¿Qué pensaremos de Mariana? La respuesta no es difícil: hay épocas de vértigo que trastornan las cabezas, y aquella lo era. Por cierto que el autor no está solo en el negocio. Cuando se supo en París la nueva de la muerte del rey, madama de Montpensier, en coche con su madre madama de Nemours, andaba de calle en calle gritando: "Buena noticia, amigos míos, buena noticia; el tirano es muerto, ya no hay en Francia Enrique de Valois." Nadie ignora lo que en seguida se practicó en París; el término fué digno del principio. Las simpatías de España estaban en contra de Enrique III; por consiguiente, nada extraño es que el espíritu del escritor se resintiese de la atmósfera que le rodeaba. No quiero decir por esto que sus doctrinas sean el fruto de un momento de arrebató; al contrario, basta leer la obra para advertir que sus máximas están ligadas con su teoría sobre el poder, y que las defiende con profunda convicción. Verdad es que al abordar de frente la terrible dificultad, se exalta su ánimo como si quisiera tomar aliento para salvarla; pero no es la exaltación lo que le sugiere las doctrinas, antes bien son éstas lo que le enardece y exalta. Es lamentable por cierto, que Mariana no haya tratado la cuestión con más tino, y que haya sacado tan formidables consecuencias de sus principios sobre el poder: sin la doctrina del tiranicidio, su libro fuera en verdad muy democrático; pero á lo menos no espantaría al lector con el siniestro reflejo de un puñal que hiere: en dicha obra se encuentran lecciones de que pueden aprovecharse los reyes y los demas gobernantes: feliz el autor si no hubiese dado á su enseñanza una sancion tan terrible.

Una particularidad se halla en dicha obra digna de no ser pasada por alto: el autor se pregunta si es lícito matar al tirano por medio del veneno, y resuelve que no; quizás se trasluce aquí un rasgo de su carácter, quizás deseaba que quien tenia bastante audacia para matar, tuviese la fortaleza de morir. Esto podría parecer un freno para los asesinos; desgraciadamente la historia y la experiencia de cada día nos muestran que ese freno no basta.

El alma de Mariana, su índole inflexible, su carácter altivo, se pintan en su obra. Complácese en recordar á los reyes, que han recibido del pueblo su autoridad, y que deben valerse de ella con mucha templanza, *singulari modestia*; que deben mandar á sus súbditos, no como á esclavos, sino como á hombres libres; y que habiendo recibido del pueblo su poder, deben procurar toda su vida conservar esa buena voluntad de sus vasallos. *Et qui a populo potestatem accepit id in primis, cura habet, ut per totam vitam*

*volentibus imperet.* Un análisis de este libro, daría lugar á muchas y graves consideraciones.

Es bien notable que una obra tal pudiese publicarse en España con todas las condiciones requeridas. La edicion de Toledo lleva el privilegio otorgado por el rey, la aprobacion del padre Fray Pedro de Oña, provincial de los mercenarios de Madrid, y es dedicada al rey Felipe III. Advertiré de paso que el autor de la vida de Mariana que precede la edicion de Valencia de la *Historia de España*, se equivocó afirmando que este libro se habia publicado en vida de Felipe II; verdad es que fué compuesto en el reinado de este príncipe, por insinuacion de Loaisa, preceptor á la sazón del heredero de la corona, despues Felipe III; pero cuando el libro salió á luz, Felipe II ya no existia. El título de la obra es: *De Rege et Regis Institutione ad Philippum III, libri 3.* La impresion es de Toledo en 1599.

Esta tolerancia será inconcebible para aquellos que no conocen nuestra historia política y literaria sino por medio de los autores que no saben escribir una página sin hacernos erizar los cabellos con las hogueras de la inquisicion y el sombrío despotismo de los monarcas; para quien haya meditado friamente sobre el espíritu de aquella época, calificando con imparcialidad los hombres y las cosas, el fenómeno no es tan inesplicable. Creerán quizás algunos que se toleró la obra de Mariana por sostenerse en ella el partido de la Liga; pero entonces la Liga habia dejado de existir; y ademas el autor habla en general, y no se concreta á la Francia sino para ofrecer un ejemplo que, por ser tan reciente y ruidoso, le viene á la mano. De seguro que otros pensarán que Mariana se guardó muy bien de decir una palabra contra los reyes de España, ó de asentar nada que tendiese á limitar su absolutismo; pues muy al contrario, si habla recio contra los reyes de Francia, no tiene mucho miramiento con los de España. Al tratar de las contribuciones, punto siempre muy delicado y quisquilloso, se espresa con atrevimiento increíble: no quiere que el derecho de las córtes sea meramente nominal, reprueba severamente los hechos que conducian á la pérdida de la libertad, y se queja sin rodeos de que se nos quisiese importar de Francia la costumbre de imponer los reyes los tributos de la autoridad propia, sin el consentimiento de la nacion. "Cuando menos, dirian otros, el clero debe ser muy bien tratado en esta obra, y el autor habrá conseguido la tolerancia, obligándose á no decir la menor palabra que pudiese desagradar á esa clase, entonces tan poderosa." Nada de esto: cuando se le ofrece la ocasion, habla del uso que debe hacerse de los bienes eclesiásticos, con entera li-

bertad; y donde le parece ver un abuso, le condena, sin consideracion á nadie. Esto nos pinta Mariana; pero tambien nos retrata la España.

El atrevido escritor tocaba al término de su larga carrera, sin haber sufrido ninguno de aquellos grandes infortunios que son comunmente el patrimonio de los grandes hombres, y que dan á su mérito mas esplendor y realce. Habia cumplido setenta y dos años, y su alma de fuego, que abrigaba todavia el ardor de la juventud, no podia estar tranquila, y meditaba la publicacion de otras obras. El fogoso anciano no se hallaba en disposicion de emprender largos viajes para llevar á imprimir fuera de España escritos que le habian de acarrear la enemistad de los poderosos; conocia, ademas, que si éstos llegaban á tener noticia del contenido de los nuevos escritos, impedirian su publicacion en España. ¿Qué hace, pues? dispone las cosas de manera que la edicion se haga en Colonia, quedando satisfecho que salieran á luz, sin curarse de las consecuencias que podian acarrearle. Permanece tranquilamente en Toledo, y resuelto á no desconocer su obra, aguarda impávido que estalle sobre su cabeza la cólera de los magnates. «Lo que á otros hubiera asustado, dice el intrépido viejo, á mí me incita y alienta: ¿qué hay que hacer? este es mi genio,» *quot alios terrere potuisset, me magis ad conandum incitavit, quid facias? ito est ingenium.*

En tiempo de Felipe III, hizose una mudanza en la moneda, aumentando la cantidad de la de vellón, que por otra parte era de ley inferior á lo que correspondia. Los resultados fueron los que son siempre que los gobiernos se aventuran á esas desastrosas medidas; la moneda crece nominalmente, pero permanece la misma en realidad: la ley le señala un valor mas alto de lo justo; pero los intereses elevan en la misma proporcion los precios, reduciendo de esta manera la estimacion del dinero, y esforzándose en establecer el debido equilibrio. De esto dimanó la alteracion de todos los valores, el trastorno en las relaciones mercantiles, el desórden, la desconfianza, y por consiguiente la miseria del pueblo. Mariana habia sido testigo de esos males, y en el libro de *mutacione moneta* levanta su voz con el valor acostumbrado. En su libro de *morte et immortalite*, habló tambien con su natural osadía; y así es que el gobierno se dió por ofendido, y se trató de formarle causa. Ya se deja suponer que su obra *De Rege et Regis Institutione*, debia de haber llamado la atencion en España y escitado mayores recelos, desde que el parlamento de Paris le habia condenado con tanta severidad. Este conjunto de causas decidieron la formacion del proceso, y el autor fué preso en Setiembre de 1609, y conducido al con-

vento de San Francisco de Madrid. No cabe en los estrechos límites de un artículo hacer la historia de este proceso; basta decir que el reo contestó á todos los cargos con su acostumbrada firmeza, y que si bien recordó á los jueces sus antiguos servicios en pro de la religion y de las letras, y hasta su avanzada edad, sin embargo, no hizo traicion á sus sentimientos, y se confesó paladinamente autor de los escritos que se le atribuian. Es notable que uno de los cargos consistia en que Mariana habia echado en cara á los procuradores á córtés el ser hombres viles, livianos y venales, que solo cuidaban de alcanzar la gracia del rey, sin pensar en los intereses del pueblo; el acusado respondió osadamente ser verdad que habia dicho todo esto, y lejos de escusarse, añadió que así se decia públicamente, sobre todo en Toledo, lugar de su residencia. No deja de ser peregrino encontrarse con un jesuita que aboga por la causa del pueblo contra el rey y contra los procuradores á córtés. Como quiera, ahí está la historia, que depone de la verdad del hecho; y á buen seguro que si en aquellos tiempos hubiese tenido la España sus procuradores á córtés del temple del jesuita, el poder de los privados hubiese encontrado un freno, y no es poco lo que hubiera ganado la nacion en bienestar y en gloria. Es digno de notarse cuán adelante llevaba su prevision política el religioso de Toledo. En nuestros dias se ha hecho la observacion de que una de las causas de la decadencia de las antiguas córtés de Castilla, fué el haber sido excluido de ellas en tiempo de Carlos V, la nobleza y el clero; medida que á primera vista podria parecer muy favorable á la democracia, pero que en realidad preparaba su abatimiento, quitando de en medio el principal obstáculo formado por las clases aristócratas. Un paso semejante debia halagar naturalmente el ánimo de Mariana, poco adieto de suyo á distinciones de rango; no obstante, su entendimiento dominó en esta parte su corazon, y en su libro *De Rege et Regis Institutione*, pronostica que el abatimiento de la aristocracia ahogará la libertad.

Durante el proceso, el embajador de España en Roma, conde de Castro, seguia muy activamente una negociacion para obtener que se condenasen las obras del acusado. El conde habia recibido la órden de pedir al Papa los ejemplares eclesíasticos para entregarlos á las llamas; pero antes de entablar oficialmente la demanda, se dirigió al auditor de la Rota, D. Francisco de la Peña, pidiéndole sus luces y consejos. En la respuesta de D. Francisco de la Peña, se nota que á Mariana no le faltaban simpatias en Roma, y que no se queria agravar la penosa situacion del afligido anciano. Recogióse al fin los libros, bien que segun parece, el embajador desistió

de pedirlos al Papa para quemarlos, movido sin duda de las reflexiones que le habia hecho sobre este particular D. Francisco de la Peña, diciéndole que el Papa no accedería á la demanda. No debe pasarse por alto una de las razones sentadas por D. Francisco de la Peña, de la indulgencia con que era favorecido en Roma el acusado, á saber, la pureza de su vida y su conducta sin tacha. Despues de un año de mision, fué puesto en libertad, y volviendo á su retiro de Toledo, publicó á la edad de ochenta y tres años sus Escolios sobre el viejo y nuevo Testamento, y murió en 16 de Febrero de 1623, edad de ochenta y siete años.

Antes de concluir, detengámonos un momento á dar una ojeada sobre el carácter y demas calidades de este hombre singular. Descúbrase en todas sus obras un espíritu elevado, pero profundamente religioso. Acabamos de recordar la pureza y severidad de sus costumbres; y por lo que toca á sus finestas doctrinas sobre una gravísima materia, es preciso confesar que al través de un tono atrevido y fogoso, y que no asienta muy bien á su profesion y estado, se manifiesta, no obstante, una intencion recta, un ardiente celo por el bien de los reyes y de las naciones. Echase de ver que no escribia sus obras como folletos incendiarios, sino con la mira de que sirviesen de remedios cáusticos, ó para atajar el mal, ó para evitarle si fuera posible. Los desórdenes y calamidades del tiempo de la Liga, atribufalos Mariana á Enrique III; por esta causa se espresa con tanta dureza y escaltacion; y en cuanto á España, al ver el ascendiente que iban tomando los privados, y esa dejadez en que se sumía el gobierno, y que por desgracia se hizo hereditaria, levantábase su pecho con generosa indignacion, temiendo, no sin motivo, que así se oscurecia nuestra gloria, se enflaquecia nuestra pujanza, y vendria al suelo toda nuestra grandeza. "Grandes males nos amenazan," decia: desgraciadamente su prevision no ha salido fallida; porque si bien es verdad que la revolucion nos ha causado grandes desastres, tampoco lo es menos que los reyes no cuidaron siempre cual debian, el magnífico patrimonio que á sus descendientes legaron Fernando é Isabel. El reinado de Carlos II, último vástago de la raza austriaca, y los de Carlos IV y Fernando VII, no nos han dejado recuerdos muy gratos. Mariana asistia al comienzo de esta decadencia, creia ver sus causas, y señalaba los preservativos. Formado su espíritu en el estudio de los grandes acontecimientos nacionales, no podia sufrir las pequeñas intrigas de palacio, ni las tortuosas y mezquinas miras de ambiciosos cortesanos: queria que el trono salido de Covadonga, se asentase sobre cimientos sólidos y anchurosos: la religion, la justicia, las libertades antiguas. Imagi-

nábase en sus bellos sueños, que el trono de Pelayo no debía ser ocupado por indignos sucesores; y la indignacion latia en su pecho al ver que el impuro aliento de una corte corrompida y aduladora, comenzaba á empafiar la diadema de Isabel de Castilla. Por esto gritaba con fuerza, á veces con arrebatado, levantando su voz mas alto de lo que convenia al reposo del escritor y al bien del público: así lo reconoce él mismo escribiendo al cardenal Belarmino. Sin mas armas que su pluma, sin mas apoyo que el testimonio de su conciencia, llegó á formarse una especie de poder tribunicio, muy esactamente espresado por el famoso dicho del presidente del consejo de Castilla, D. Francisco de Contreras, cuando al saber la muerte de Mariana, exclamó: "hoy ha perdido el freno nuestro consejo."

